



LAS NÁNARAS DE QUIEVAS

Adriana Navarro

LAS NÁNARAS DE QUIEVAS



Primera edición: junio de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Adriana Navarro

ISBN: 979-13-87814-48-9

ISBN digital: 979-13-87814-49-6

Depósito legal: M-13336-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres, Fabiola y Alberto,
por formar siempre parte de todo, por querernos tanto y tan bien.
Y a mi hermano Javier, a ver si ahora te lo lees.*

1980, Quiervas.

Llovía. Llovía sin parar y no se veía prácticamente nada, pues el día estaba cubierto por una densa niebla gris color pena. Ese día oscuro y triste de finales de otoño reflejaba a la perfección lo que mi pecho gritaba. Me atormentaba una angustia envolvente y me sentía sola e incomprensida. ¿Cómo era posible? «Ni se te ocurra», me habían ordenado. «Esto se acaba aquí, con nosotras. Lo hemos prometido».

—¿Qué sabrán ellas? Nunca han sentido amor. El amor lo puede todo.

Tras varios kilómetros caminando bajo la lluvia y sobre el barro, sin árboles que protegieran mi cuerpo hipotérmico de un cielo furioso que rugía y lloraba de decepción sobre mis hombros, logré divisar el viejo Seat 1430 de mi padre, color gris niebla o gris pena. Me acerqué más y pude comprobar entonces su estado decadente. Tras varios años de abandono sin siquiera un corto paseo mensual que lo mantuviera funcional, bajo las condiciones meteorológicas de los días caprichosos, ahí estaba. Firme pero descuidado. Reemplazado. La llanta delantera rozaba el suelo, los parabrisas no estaban y una de las ventanillas traseras a media asta permitía divisar un interior lleno de polvo, hierbas secas, excrementos de animales y miles de recuerdos sepultados por las huellas de la naturaleza y el paso del tiempo. Me sentí reflejada en ese montón de chatarra. Oxidada y atrapada en aquella montaña en medio de tantas otras. Si gritaba nadie me oiría, si me moría nada dirían en los periódicos. Solo sufriría mi familia, esa que tanto me había hecho sufrir a mí.

Pero había algo que me diferenciaba de ese viejo Seat, y es que yo no tenía una rueda pinchada. Yo aún podía salir de allí. Todavía había esperanza para mí.

Presente

Verano, 2070, Cantabria.

Hoy es martes. Un día que siempre me ha resultado algo decepcionante. No es lunes, pero se le parece... Sí, pues aun habiendo empezado la semana con objetivos marcados —como hacer deporte, comer sano o terminar por fin esa gestión que se lleva aplazando desde hace algún tiempo— resulta que el lunes no se hizo nada de lo prometido. De esta manera, ni se empezó bien la semana ni queda poco para que esta termine. Así que sí, mal día el martes.

A mí en realidad lo mismo me da porque llevo jubilado desde hace más de dos décadas, así que, desde mi punto de vista, todos los días son viernes. De hecho, este martes se trata de un viernes muy especial, pues tengo una «cita». Así es, con mis ochenta y nueve años aún no he decidido con quién quiero pasar el resto de mi vida y, quién sabe, esta podría ser la definitiva. Sí, porque es una mujer inteligente, habladora y muy lúcida —esta última no es una cualidad fácil de encontrar a mi edad—. Posee ese humor irónico que tanto me gusta y tanto me hace reír. Una maravilla de mujer. Ojalá haberla conocido antes. Qué paseos damos... ¡Y el ritmo que lleva la tía! Con lo bajita que es. Y la música... Ah, ella es una enciclopedia de canciones. En definitiva, pasamos momentos exquisitos juntos y consigue que el tiempo se vaya aún más rápido de lo que ya lo hace.

—¡Pero, Edgar! ¿Qué pasa con ese café? —Interrumpió una voz desde la estancia contigua— ¡Ni mi madre tardaba tanto cuando utilizaba la cafetera italiana!

—¡Ya voy! Perdóname, Laura querida, ahora mismo acabo.

Edgar abrió uno de los armarios superiores de su cocina blanca y luminosa, el que descansaba sobre la pila negra, ahí donde guardaba las tazas, los vasos y los platos recién enjuagados, y donde siempre acababan olvidados hasta que los volvía a necesitar. Con cierta dificultad y poniéndose de puntillas consiguió por fin alcanzar una taza de café metálica situada al fondo del mueble para darse cuenta, solo entonces, de que ya lo había hecho antes al divisar la pareja posada sobre el cuarzo beige de la encimera.

—Cada día estoy más jodido—gruñó.

Avanzó hacia el rincón opuesto de la cocina, donde se situaba la cafetera de tipo monodosis posada sobre un taburete de madera de fresno hecho por él mismo, muchos años atrás. Colocó la taza bajo el dispensador, deslizó el dedo índice sobre el sensor y esperó inmóvil al tiempo que escuchaba el cada vez más intenso borboteo del agua hirviendo. Mientras el fluido humeante se derramaba dejando el ambiente cargado de un intenso olor a Colombia descafeinada, Edgar echó un vistazo a través del cristal salpicado de huellas dactilares y marcas de lluvia. Al otro lado, su hermoso jardín. No era muy grande, más bien pequeño en caso de tener que clasificarlo, pero sembrado de formas, colores y aromas traídos de diferentes partes del mundo y organizados cuidadosamente. Y mientras disfrutaba orgulloso de las vistas que ofrecía su creación vegetal, a la que tanto esfuerzo y cuidados había dedicado, el insolente, penetrante e insoportable zumbido de una mosca gorda y mareada —que bien podría haber sido una abeja por tamaño— rompió la paz del viejo incrustándose en sus oídos y su cerebro, como una tortura psicológica infringida por la naturaleza para atormentarle y no dejarle otra opción que matar al insecto con ira y rematarlo si hacía falta con tal de no oír un solo aleteo más. Sin embargo y por suerte para Edgar, poco tardó ella en escabullirse atravesando la

misma ventana empleada para entrar, devolviendo así la tranquilidad robada. Si había algo de vivir en el campo a lo que Edgar jamás llegaría a acostumbrarse eran las moscas.

Agarró la taza con cuidado para no quemarse, añadió algo de leche de arroz, la espumó y acudió a la sala para reunirse por fin con su acompañante. Sentada sobre un sofá individual y con la mirada perdida en una estantería preñada de libros se encontraba Laura. Una señora entrada en años y en kilos, de pelo blanco y liso posado sobre sus clavículas o más bien el lugar anatómico donde estas deberían estar. Llevaba un vestido de lino color teja que cubría casi la totalidad de su cuerpo rechoncho pero pequeño. Todo menos sus tobillos y sus pies, que poco decían de la edad de la mujer.

—Aquí tienes querida. ¿Qué me decías? —preguntó Edgar mientras se recostaba sobre la pareja del sofá que ocupaba ella.

—Eras tú quien me decía que le gustaban mis ojos, Edgar ¿Ya lo olvidaste? —respondió ella burlona, ya que era de recetas de yogur caseras de lo que hablaban.

—Ah, sí, ¡pues claro! Precisamente han sido tus ojos azules los que me han hecho olvidar. ¡Y qué sonrisa! Permíteme decirte que eres la anciana más hermosa que he conocido.

Laura rio con una expresión, no obstante, un tanto melancólica que permaneció intacta en su rostro durante algunos segundos más, reflejando con claridad lo lejos que viajaban sus pensamientos al intentar recordar una época pasada, en la que había sido tan solo una joven veinteañera llena de energía que dejaba atrás Toulouse, su ciudad natal, para continuar sus estudios en España. País del que, a su vez, habían emigrado sus padres en busca de un cambio de aires puntual que acabó durando toda la vida.

—Anciana, ¿eh? ¿Tanto se me nota? —protestó ella.

—Querida, ¡a estas alturas las arrugas no nos hacen ningún favor!

La sonrisa expectante de Laura, que creía adivinar los halagos con los que la iba a deleitar su amigo, se borró automáticamente para dar paso a un ceño fruncido delatador de su confusión repen-

tina, y que acabó acentuando aún más esas arrugas tan características de una larga existencia.

—Pero no te molestes, mujer —replicó Edgar enternecido—, las arrugas son tan interesantes... Atesoran las historias de toda una vida.

—Pues tú me doblarás en historias, porque arrugas no te faltan —contestó ella algo importunada aún, pero divertida y a la expectativa.

Edgar esbozó una sonrisa amplia. Sin embargo, sus ojos dejaron de contemplarla a ella, más bien la atravesaron para mirar hacia atrás en el tiempo, perdiéndose en los recuerdos.

—¿En qué estás pensando?

La pregunta de Laura le devolvió al presente. Posó, entonces sí, sus ojos en los de ella y los observó con atención uno por uno, intentando descifrar lo más profundo que podía esconderse tras ellos, buscando la respuesta a su pregunta: ¿Esos ojos azul océano estaban listos para conocer lo que él sí estaba dispuesto a contar? ¿Era Laura realmente digna de su historia? Ella, que pareció intuir lo que estaba ocurriendo, le sostuvo la mirada sin prisa hasta que Edgar, por fin, tomó una decisión.

—En estos pocos meses hemos hablado de muchas cosas...

—Es verdad.

—Tú me has contado casi todo sobre tu vida. Desde que eras un piojo. Más o menos me has hecho un resumen bastante completo.

—Como para aprobar con nota.

Edgar se echó a reír.

—Y yo... bueno, me he saltado algunas partes.

—Casi la mayoría. A veces tengo la sensación de que naciste con sesenta años.

Rieron juntos. Ella era muy bromista y eso a él le encantaba.

—¿Y no te ha extrañado que eludiera ciertos temas?

—No he querido entrometerme.

—Tengo una hija. Se llama Marina.

Laura ladeó la cabeza y arrugó el gesto en señal de sorpresa.

—¿Y por qué no me habías hablado de ella antes?

—Es complicado... Nunca he hablado de esto con nadie. De mi hija sí, por supuesto. Pero no de nuestra historia. De su historia. Quizás por eso tengo tantas arrugas, ¿sabes? Por todo lo que hemos tenido que pasar. —Edgar hizo una pausa para acercarse la taza de café a la boca y se dio cuenta de que estaba temblando más de lo habitual—. Cuando intento recordar lo veo todo tan lejano que me da la sensación de que lo he inventado o que ha sido un sueño. No es algo de lo que se pueda hablar fácilmente o con cualquiera. Muchos me tomarían por un loco. A lo mejor lo estoy.

—Bien sabes que a estas alturas pocas cosas me pueden sorprender —respondió Laura.

—Esta puede que sí...

—Además —continuó ella ignorando la réplica de él—, sabes que se me da muy bien escuchar.

Edgar respiró profundamente. Se le aceleró el corazón y su mente viajó en el tiempo, encontrando recuerdos que ya creía olvidados. Se sentía abrumado, confuso y nervioso. Nunca esperó revivir su historia en voz alta a esas alturas de su vida. Debía ordenar sus ideas, tenía demasiada información sin clasificar. ¿Cómo estaría su queridísima hija? Hacía tanto que no sabía de ella...

—Ya casi se va a poner el sol —dijo de repente—, si te parece podemos aprovechar los últimos rayos del día en el jardín. Espérame allí. —Apuntó con su dedo índice a través de la cristalera hacia un roble frondoso de casi quince metros, situado en los límites de su propiedad—. Justo detrás del árbol hay un banco bien cómodo con cojines. Desde allí tenemos una vista espectacular del atolón de la isla de los conejos.

Edgar se levantó despacio y con cuidado, la artrosis de cadera le había robado toda la agilidad.

—Ve, ve. Ahora mismo llego yo, que voy a coger unas mantas. Si te cuento mi historia, acabaremos charlando también con las estrellas.

Elsa

La madre de mi hija se llamaba Elsa. La conocí a los veinte años, en una fiesta de verano en Galicia. Esas en las que se bebe mucha queimada y suenan las gaitas toda la noche. Era de piel muy morena, podría haber pasado por mulata si no fuera por todo lo demás: su nariz fina y respingona, sus ojos rasgados, su boca pequeña, pero de labios carnosos y el pelo liso cobrizo. Era bastante alta, casi de mi altura, aunque yo tampoco es que fuera un jugador de baloncesto ni mucho menos. Era muy atractiva. Quizás ese tipo de chica en la que no se fija uno a primera vista, pero que en cuanto se repara en ella y en sus gestos, su manera de moverse y su forma de hablar ya no puedes dejar de prestarle atención.

Pasamos el verano juntos en una de las pequeñas aldeas que conforman el pueblo de Couso, en Pontevedra. Ella era cántabra, pero tenía raíces paternas de origen gallego. Terratenientes que poseían, entre muchos otros, un caserío extraordinario del siglo XVI ubicado en la zona más alta de la aldea *do Maindo* y que hacía de residencia de verano para todo aquel que fuera familia. Había habitaciones más que suficientes. Era de película. Poseía un terreno desmesurado conquistado por pinos, cuya total extensión era imposible de visualizar desde la entrada de la casa. Construida en piedra, tenía cuatro plantas levantadas a mano con tal conocimiento y acierto que ni aún cinco siglos después había necesitado la más mínima reforma.

En mi caso, nuestra estancia allí era más bien fortuita, ya que no solíamos visitar Galicia. De hecho, aquel era el primer verano que

íbamos desde mi infancia. Mi madre también era gallega, de la aldea de al lado, aunque sus orígenes eran bastante más humildes. Es más, una de las innumerables noches que pasamos Elsa y yo en el embarcadero del río, acurrucados dentro de una vieja barca azul de madera cuyo dueño nunca dijo esto es mío y que, por consiguiente, todos los chavales de la aldea utilizaban a su antojo, llegamos a la conclusión de que mi familia pudo haber trabajado para la suya cultivando sus tierras, cuidando de los animales o incluso sirviendo en el caserío. Al parecer, su familia empleaba a la mayoría de los habitantes de la región. Estábamos en lo cierto, pero no pude confirmarlo hasta varios años después, pues no llegamos a conocer a los padres del otro por ese entonces.

Mis padres y yo no solíamos ir a Galicia porque toda la familia de mi madre estaba en Madrid. Se habían visto obligados a vender sus modestas y escasas propiedades durante la posguerra, utilizando el dinero obtenido para mudarse a la capital en busca de una suerte mejor. Solo se habían resistido a marchar algún que otro tío y primo lejano, demasiado mayores y demasiado cansados para comenzar una nueva vida lejos de la única que conocían. Pero todos ellos habían fallecido incluso antes de que yo naciera. Ese verano habíamos tomado la decisión improvisada de escaparnos a conocer el que había sido el pueblo de mi madre durante tan solo sus primeros meses de vida. Alquilamos una antigua capilla reformada y convertida en residencia vacacional que hizo de nuestro hogar durante aquel agosto del 2000.

Besé a Elsa la misma noche que nos conocimos. Teníamos las mejillas rojas del calor del fuego y el agua ardiente, pero, sobre todo, de la pasión que se despertó entre nosotros en cuanto estuvimos tan cerca como para respirar el aliento del otro. Desde esa noche sin luna no nos separamos hasta el final del verano. Ella tenía una pandilla de amigos en el pueblo: Jesusa, Alba, Roi y Carlos. Chavales de la zona que vivían allí durante todo el año. Qué recuerdos... En realidad, poco más sé de ellos, pues Elsa y yo pasamos la mayor parte del tiempo a solas. No necesitábamos a nadie más, nos habíamos enamorado.

Recuerdo el día de la despedida cargado de emociones. Por supuesto que nos organizamos para vernos lo antes posible, pero yo hacía dos años que estudiaba Ingeniería en Madrid y ella, que era más joven que yo, ya tenía todo arreglado para empezar Medicina en Santander. No podríamos vernos diariamente como lo habíamos hecho durante las vacaciones, ni mucho menos. Nos costó decir adiós a la burbuja en la que habíamos sido tan felices durante el que fue el mes más corto de nuestras vidas. Sin embargo, en mi caso, la pena poco a poco fue dejando de ser tan intensa, pues en el fondo me sentía feliz de haber conocido a Elsa y confiaba en que nos veríamos pronto. Por desgracia, no fue así. En octubre, un mes después de la vuelta a la rutina, aún no habíamos conseguido ponernos de acuerdo para vernos. Yo insistía y proponía fechas, pero ella se mostraba esquivia y ensimismada. La notaba diferente. Yo intentaba autoconvencerme de que era debido al cambio de aires y al estrés que podía suponer el comienzo en la universidad. Alguna vez llegué a preocuparme pensando que, quizás, había conocido a alguien. Sin embargo, cada vez que le insinuaba mis miedos, ella me lo negaba dulce y convincentemente, entonces me tranquilizaba y seguía como si no hubiera ningún problema y todo fueran imaginaciones mías. Así estuvimos algún tiempo. Hasta que un día todo se fastidió.

Ese recuerdo en concreto está bien nítido guardado en mi memoria. Era noviembre y hacía frío en Madrid. Por aquel entonces aún se podían diferenciar bien las cuatro estaciones. No como ahora, que el verano llega casi hasta diciembre y el invierno no nos da tregua hasta bien entrado junio. Aquel noviembre fue frío pero soleado. Ese día en concreto, domingo, la luz era espectacular. No había una sola nube y el cielo se tiñó de un intenso, casi hipnótico color naranja al atardecer. Yo estaba con unos amigos en Ponzano, en aquella época una de las calles de moda de Madrid, donde todos los jóvenes, y los no tanto, veíamos el tiempo pasar entre cervezas y visitas al servicio a partir de la cuarta caña. Aquel domingo yo iba aún por la tercera cuando Elsa me llamó atacada. Y esa llamada lo cambió todo para siempre.

Me soltó que estaba embarazada. Así, de sopetón, sin rodeos. Ni siquiera un «Hola, ¿qué tal?».

—Elsa...

No dije nada más, me quedé sin palabras. Ella, en ausencia de respuesta por mi parte, aclaró que yo era el padre. Entré en estado de shock. En parte por su confesión, en parte porque, sin darme cuenta, me había colado en medio de la carretera y un chico que circulaba en moto perdió el equilibrio y cayó al suelo al intentar esquivarme. Colgué el teléfono. Colgué y no la volví a llamar. Me arrepentí de ello en cuanto comprobé que al chico de la moto no le había pasado nada grave. Tuve que disculparme cien veces para que me dejara marchar. Eso sí, lo hice con las palmas de las manos abiertas y los brazos estirados hacia delante para crear espacio entre él y yo evitando así la posibilidad de que me soltara un puñetazo inesperado. Estaba furioso, evidentemente.

—¿Estás loco o qué? Encima la moto es nueva gilipollas. ¡Como tenga un solo rayón me pagas la reparación!

Me alejé de allí caminando sin rumbo, dejando atrás a mis colegas y a medio Ponzano con la boca abierta. Sentía que me ahogaba, y esa sensación fue en aumento hasta que, unos veinte minutos caminando más tarde, tuve la necesidad de vomitar —ante la mirada asombrada de dos señoritingas que paseaban vestidas de domingo— en una esquina de la calle Almagro. Elsa tampoco me volvió a llamar.

Los siguientes meses se me hicieron eternos e insoportables. Todo se había ido a la mierda y, cuanto más tiempo pasaba, más difícil me resultaba marcar su número y disculparme. Al principio sufrí mucho. Me mataba el remordimiento y la echaba mucho de menos, pero no encontraba la manera ni el momento de enfrentarme a la realidad. Y poco a poco, entre noches en vela en mi cuarto dando vueltas en la cama y a la cabeza mientras buscaba la mejor forma de acercarme a Elsa, y otras borracho, haciendo el tonto para olvidar, pasó el tiempo. Y un día, como un buen cobarde, decidí que ya era demasiado tarde. Me autoconvencí de que Elsa,

hubiera tomado la decisión que fuera, a esas alturas ya no quería que yo formara parte de ella. Así que decidí intentar olvidar todo lo que había ocurrido aquel verano de vientos gallegos y seguir adelante con mi vida anterior. Sin embargo, el hilo fino de decencia que me quedaba se encargó de castigarme con un nudo en el estómago, que me acompañó cada día al despertar y me provocó una notoria falta de sueño durante mucho tiempo. Definitivamente, era la peor decisión que había tomado en mi vida y siempre lo lamentaré. La siguiente llamada relacionada con esta historia llegó a principios de junio del año siguiente, pero no era Elsa quien estaba al teléfono, sino su madre, Deva. Creí adivinar cuál sería la razón de esa llamada y acerté en parte. Aunque la segunda noticia, esa sí que no la vi venir.

Cuando conocí a Elsa siempre fue muy atenta, cariñosa y extrovertida desde el principio. No obstante, también era algo dispersa y reservada en ciertas situaciones, sobre todo en las que intentaba conocerla un poco más preguntándole por su infancia, su familia o su vida en general. Siempre intuí que tenía secretos y lo aceptaba, todos tenemos derecho a la intimidad. Pero lo que nunca podía haber llegado a imaginar en la vida era que Elsa padecía una enfermedad mental: era esquizofrénica. ¿Cómo era posible no haber siquiera sospechado algo? Pues resulta que, entre la medicación y las sesiones de terapia, era capaz de llevar una vida prácticamente normal, al menos a ojos de los demás.

El problema llegó con el embarazo y, al parecer, también yo había sido un detonante del desastre. Cuando descubrió que estaba embarazada, y además sola, se sintió engañada y abandonada. Dejó de tomar sus medicinas y no se lo dijo a nadie. No debieron tardar mucho en empezar a atormentarla las alucinaciones. Al parecer, repetía continuamente que escuchaba voces que le tarareaban una melodía sin letra que solo ella era capaz de entender e interpretar, y que narraba historias antiguas sobre el mundo y el funcionamiento de la naturaleza. Se escapaba de su casa por las noches. Incluso una vez, la policía la encontró desnuda en la calle, totalmente ida, con

la mirada perdida y repitiendo constantemente que tenía que irse, que se le acababa el tiempo y que solo ella podía intentar arreglarlo todo. No le ocurrió nada de milagro. Sus padres estaban desesperados, no entendían qué había pasado para que Elsa hubiese empezado a descuidarse de esa manera. Incluso se preguntaron si habría probado alguna droga que hubiera podido agravar su enfermedad. No eran capaces de controlarla y, por miedo a que le pasara algo, tomaron la decisión de ingresarla. Fue entonces cuando se enteraron de que estaba embarazada.

De todo esto tampoco me enteré hasta varios años después. Fue la misma Deva quien me lo confesó. A finales de mayo de 2001, unos días después de que naciera el bebé —que, por supuesto, tuvo, pues cuando sus padres se enteraron ya llevaba más de tres meses de embarazo y era demasiado tarde para intentar abortar—, Elsa mantuvo una conversación con su madre, razón de que esta acudiera a mí después.

—Mamá. Sé que has sufrido mucho estos meses. Soy consciente de que no muestro interés en mejorar, pero es muy difícil despertarse aquí cada mañana sabiendo que me van a quitar a mi hija porque no me creen capacitada para criarla. Es complicado sacar fuerzas para seguir adelante, aunque quizás tú puedas ayudarme. El padre de esta niña se llama Edgar, es un chico que conocí en la aldea el verano pasado. Necesito que lo localices, quiero que venga a conocer a su hija. Te ruego que hagas esto por mí y te prometo que, si consigues que venga, cambiaré mi actitud y haré todo lo posible por estar bien.

Cogí un tren para Cantabria dos horas después de la llamada de Deva. Llevaba una mochila con poca cosa, no había tenido tiempo de organizar el viaje. No podía perder esa oportunidad para hacer las cosas bien, no tendría otra. No creí siquiera posible tener esa, así que sabía que no tendría otra. Además, necesitaba verla y quería dar la cara. Todo lo que había tenido que pasar ella sola había sido, en parte, por mi culpa. La había querido tanto y le había destrozado la vida por cobarde. Me lo reprochaba una y otra vez. Por mi

culpa Elsa, mi querida Elsa, estaba ingresada en un hospital después de haber pasado por ni se sabe qué situaciones.

Cuando llegué a la puerta del hospital ya era tarde. Reconocí rápidamente a Deva. Nunca la había visto pero supe que era ella, pues era idéntica a su hija. La única diferencia apreciable era la causada por el paso del tiempo. Se le veía cansada, tenía la mirada perdida y la frente surcada por unas arrugas que daban forma a la expresión de tristeza que ocupaba su rostro, asentada desde hacía ya varios meses y que iba a quedarse para siempre, aunque ella aún no lo sabía.

Descansaba sentada en las escaleras de la salida del hospital. Llevaba una camisa de botones blanca, un pantalón de lino largo color beige y unas chancas de playa plateadas. El viento del norte soplaba fuerte provocando un frío impropio de esa época del año en cualquier otra parte de España, pero tan común en Cantabria y del que era indispensable protegerse con algo de ropa de abrigo, y, aun así, cruzar los brazos y esconder el cuello entre los hombros se convertía en un acto reflejo para poder sentirse algo más confortable. A pesar de ello, Deva se mostraba impasible a la temperatura exterior y al viento que mecía su coleta despeinada, creando una combinación de colores pelirrojos y grises que se agitaban en una lucha continua por conseguir la conquista de su melena; lucha que, en ese momento, estaba igualada, pero que acabaría por perder el exuberante color cobrizo si no recibía pronto la ayuda de algún peluquero. Me acerqué a ella con miedo a hacer ruido, con el sigilo de un gato al prepararse para saltar sobre un lagarto o cualquier otra presa, o más bien con el sigilo del lagarto que no quiere ser cazado por el gato.

—Deva... ejem... Hola, soy Edgar —dije muy bajito, y con voz temblorosa, al mismo tiempo que le tendía la mano que temblaba incluso más que mi voz, si cabía.

Ella levantó la cabeza despacio y me miró a los ojos sin mucho interés, sin modificar siquiera la expresión con la que, segundos antes, contemplaba la nada. Luego miró mi mano y enseguida volvió

a clavar sus ojos cansados en los míos, sin hacer ni el más mínimo ademán de estrecharla, así que la retiré deprisa y la introduje en mi bolsillo. Un comienzo sin fisuras...

—Así que tú eres el famoso Edgar —respondió por fin—. Una pena tener que conocernos en estas circunstancias, ¿no crees? Bueno, supongo que no nos queda otra opción. Te acompaño dentro, mi hija quiere verte. Has llegado algo tarde, así que me temo que solo podrás verla unos minutos. Las visitas terminan a las nueve menos cuarto.

Había pasado de la tristeza al desprecio en los pocos segundos que duró su intervención. Yo no le gustaba y punto, y no se esforzó ni una pizca en ocultarlo. Todo lo contrario. Aunque la realidad es que nada podía haberme hecho sentir ya más culpable de lo que me sentía. Atravesamos en silencio los tres arcos de piedra arenisca que conformaban la entrada del hospital y que contrastaban con el naranja quemado empleado para cubrir gran parte de su fachada. Dentro, un centro médico como otro cualquiera: lleno de batas blancas, pijamas sanitarios, olor a medicamento y a enfermedad y a café, mucha gente y poco ruido para tanta gente. Doblamos a la izquierda y, tras un pasillo eterno de paredes estrechas y repleto de puertas cerradas, llegamos por fin a las escaleras, de aspecto algo menos claustrofóbico.

—Es en la segunda planta, vamos andando mejor.

Ella iba delante. Era más bajita y algo más ancha que Elsa —pero no mucho más— y andaba exactamente igual que ella, con el cuerpo erguido y muy recto, pero con un balanceo de caderas acentuado. Una manera de andar que exhibía seguridad a cada paso que daba.

—Aquí —anunció de repente mientras giraba sobre sí misma para mirarme, cruzando los brazos sobre el pecho y señalando con un cabeceo la habitación 206—. Te espero fuera. Pero no tardes, quiero despedirme de mi hija y de mi nieta antes de que se acabe el horario de visitas.

Tragué aire. Hasta entonces no había reflexionado sobre lo que ocurriría tras abrir esa puerta de ojo de pez. ¡Era padre! Me entró

el pánico y estuve a punto de darme la vuelta para salir corriendo una vez más. Sin embargo, la imagen de los ojos de Deva clavados en mi nuca como cuchillos me disuadió enseguida. Me coloqué los hombros de la sudadera, me limpié las gotas de sudor que comenzaban a recorrerme la frente y, tras golpear dos veces la puerta en señal de aviso, incliné el pomo y entré en la habitación.

Toda la estancia era de color blanco. Las cortinas, las sábanas, las paredes..., excepto los reposabrazos y las patas de madera de la única butaca de la estancia. Eso y el pelo color fuego de Elsa, que en ese instante ella misma, de espaldas a la entrada, recogía mechón a mechón construyendo esa trenza roja que tan familiar se me antojaba. No había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que nos habíamos visto —lo que dura un embarazo, literalmente—, pero, en ese momento, me pareció que habían pasado años. Ella no se dio la vuelta al oírme entrar.

—Hola, Elsa —acerté a decir tras varios minutos pasmado, observando su figura desde atrás como quien ve a un espíritu o a un famoso.

Solo entonces volteó la cabeza y se me contrajo el corazón con tal brutalidad que llegué a pensar que me estaba dando un infarto. Fijó sus ojos color miel en mi dirección, no obstante, no me miraba a mí. Por un momento, sentí la necesidad de darme la vuelta para comprobar si seguíamos solos. Estaba muy distinta. Llevaba la melena más corta y ya no tenía la piel tan morena ni el cuerpo de niña con el que yo la había conocido. Pero, sobre todo, me sorprendió su mirada. Era tan distinta... Seria, desconcertada e indiferente. Sentí que ya no la conocía y, sobre todo, que ella no me conocía a mí. Tardó en responder, o, al menos, esa fue mi percepción.

—¿Qué te parece? —soltó entonces con cierto tono de decepción mientras abría los brazos y miraba a su alrededor. Después entrelazó sus manos delante del pecho dando una palmada—. Con tanto por hacer y me tienen aquí encerrada. ¿Tú crees que me sacarán algún día? —No esperó respuesta—. Yo creo que no tienen ninguna intención. Me da lo mismo, me pienso ir, ya lo tengo todo

planeado. Pero primero necesito hablar contigo. La pregunta es simple: ¿Tú crees que estoy loca? Por supuesto que lo crees, mira dónde me tienen. —Emitió una carcajada un tanto perturbadora—. A lo que me refiero más bien es, ¿cuando me conociste el año pasado, habrías pensado: eh, esta chica no está bien?

—Jamás, Elsa.

—¡Gracias! Pues, para tu información, en verano tampoco tomaba medicación, ni durante el verano ni después ni antes. Hace más de un año que no la tomo y nadie lo había notado. ¿Sabes por qué? Es muy fácil. Porque mi «enfermedad» no se cura con pastillas. De hecho, yo no la llamaría enfermedad, sino don. Es muy largo de explicar y por supuesto no vas a creerme. Ya lo intenté una vez y me colgaste el teléfono, no quisiste ni escucharme.

Ya estaba, ya lo había dicho y, sin embargo, yo, que imaginé en mi cabeza mil veces esa situación, cómo me sentiría y lo que le diría para excusarme, nunca podría haber adivinado que me iba a importar tan poco rebatir ese reproche. Pues, aunque hubiera recreado esa escena mil veces en miles de escenarios diferentes, jamás había barajado ese en concreto en el que Elsa estaba enferma e ingresada. Era muy duro verla así, me hacía mucho daño porque parecía otra. Lo que decía, cómo me miraba... Había cambiado por completo.

Quería que parara, que dejase de hablar y que volviese a ser la niña alegre y de personalidad arrolladora de la que me había enamorado. Quería abrazarla y que todo fuera como antes. La había echado tanto de menos... Decidí no darle ese abrazo, tampoco sabía cómo lo recibiría ella y si le apetecía que me lanzara a sus brazos sin previo aviso después de tanto tiempo y de todo el daño que seguramente le había causado. Ella se puso tensa de pronto, como si hubiera adivinado lo que yo estaba pensando. La noté ansiosa de repente, comenzó a mirar compulsivamente el reloj de pared como si le angustiara el movimiento de sus manecillas. Como si se le acabara el tiempo.

—Necesito que hagas algo por mí y necesito que me tomes muy en serio porque nadie más puede ayudarme.

—¿Qué es?

—Esto no es nada fácil de encajar y menos para alguien de nuestra edad, soy consciente de ello, pero no tengo otra opción. Te pido por favor que críes a nuestra hija, tienes que llevarla contigo. Mi familia tiene una casa a las afueras de Santander, si les dices que quieres la custodia de Marina no podrán decirte que no. Eres el padre, es tu derecho y nadie te lo puede negar. Además, a mis padres les daría mucha pena que te la llevases a Madrid, lejos de ellos, estoy segura de que...

—¡Para, Elsa! —Estaba hablando muy rápido y lo que decía me ahogaba. ¿Quería que me quedara con la niña? ¡Pero cómo iba a criar yo a alguien! ¡Con veinte años y un verano en Estados Unidos como máxima experiencia vital bajo el brazo!

De pronto, varios grupos de neuronas hicieron conexión en mi cerebro y, de repente, la cuestión principal, la madre de todas las razones que me habían llevado hasta allí, a un hospital de Cantabria, delante de la única persona de la que me había enamorado hasta entonces, se manifestó en mis pensamientos como la única digna de mi atención. ¡Tenía una hija! El resto de dudas se esfumaron y solo quise una cosa.

—Antes de nada, quiero verla.

El mundo de la fisiología es muy complejo, yo no soy un entendido ni mucho menos, pero confieso que leí algunos artículos relacionados con el embarazo cuando Elsa me dio la noticia. Resulta que hay una hormona, llamada oxitocina, que liberan las mujeres durante el parto, cuando dan el pecho a sus hijos o simplemente cuando pasan tiempo con ellos. Por lo visto, a la oxitocina se la conoce coloquialmente como «la hormona del placer», porque produce sensaciones agradables cuando se segrega. La verdad es que no sé si los hombres liberamos también alguna hormona que nos dé felicidad al contemplar a nuestros hijos, pero, cuando yo vi a Marina por primera vez, recuperé esa sensación que tiene un niño pequeño durante la víspera de reyes, pero multiplicada por cien. Era muy pequeña, apenas habría cumplido un mes y pesaría poco

más de tres kilos, morena de pelo y de tez clara. Era asombrosa. Si hubiera tenido que tomar la decisión de llevármela en ese momento habría sido un sí rotundo, pero lo pensé mejor.

—Te presento a Marina —dijo Elsa mientras cogía a la niña en brazos y la besaba en la frente. Había estado a nuestro lado todo el tiempo, en una cuna de plástico al lado de la cama de Elsa, cubierta de mantas y tan tranquila ahí dormida, que pasaba completamente desapercibida.—. ¿A que es guapa? Por ahora se parece más a ti que a mí. Dicen que los hijos al principio se parecen más a sus padres para que estos los quieran y no se los coman. —rio eufóricamente—. Mira, también tiene los ojos azules.

—Qué pequeña —respondí con la mirada fija en la niña. Permanecimos en silencio observándola unos instantes mientras ella disfrutaba de un sueño profundo ajena a nuestra presencia.

—¿Quieres cogerla?

Se acercó a mí tendiéndome ese ser humano minúsculo y vulnerable. Yo retrocedí unos pasos, no estaba listo. Negué con la cabeza sin saber qué decir y ella asintió y no insistió más.

—Elsa, aunque quisiera, ¿cómo voy a cuidar yo de esta niña? Aún estoy en la universidad, no he trabajado nunca y no tengo un duro. Como mucho habré leído tres libros en mi vida y no sé ni cocinar un puré de verduras. No estoy preparado para ser el ejemplo de nadie. ¿No crees que sería mejor que se encarguen tus padres?

—Mis padres nunca me han aceptado, Edgar. Nunca te había hablado de ello, pero siempre he sido una «niña rarita» con problemas, y ellos son ese tipo de personas a las que le gusta presumir de vida perfecta. Yo lo fastidié todo siendo como soy, y si mis padres se quedan con Marina intentarán convertirla en la hija que nunca tuvieron. La alejarán de mí para siempre y jamás tendrá la oportunidad de ser... De ser como yo, especial y poderosa. Más de lo que nadie que anhele la normalidad podría llegar a entender.

Sus palabras asestaban mis oídos como espadas. Estaba delirando. No podía soportar que Elsa hubiera perdido la cabeza de esa manera. Traté de calmarme e intenté reconducir la conversación.

Aunque sabía que era una locura lo que me pedía, era incapaz de decirle que no a esos ojos.

—Elsa... Mira, no sé a dónde quieres llegar con todo esto. Me cuesta mucho entender lo que me estás intentando transmitir, pero lo cierto es que yo no estoy preparado para ser autosuficiente, y mucho menos para hacerlo con un bebé. Tus padres, sin embargo, tienen mucho más que ofrecerle a Marina de lo que yo tendré jamás si lo dejo todo ahora. Mira, ¿sabes qué? Si eso es lo que quieres voy a hacer todo lo posible por independizarme cuanto antes. Voy a estudiar como el que más y voy a conseguir un trabajo, pero necesito que me des un poco de tiempo. Necesito unos años y te prometo que vendré a buscar a nuestra hija y me la llevaré conmigo.

Ella sonrió sin modificar, sin embargo, la expresión melancólica que dominaba su semblante. Se acercó a mí y apoyó su mano en mi hombro, sosteniendo a Marina —que seguía durmiendo plácidamente en los brazos de su madre— con tan solo su mano y su hombro derecho. Me miró con sinceridad, con cariño, con respeto. Estaba cuerda. Estoy seguro de que, durante lo que duró esa mirada, tuve a Elsa, a la de verdad, delante de mí. Y me derretí.

—Vendré aquí y tú te pondrás bien. Nos casaremos y nos compraremos una casa. Criaremos juntos a Marina. Te lo prometo. Te quiero y siento mucho no haber estado para ti. No te volveré a dejar sola.

Ella bajó la mirada al suelo y dejó escapar una risilla nerviosa.

—Sería realmente genial y es mucho más de lo que habría podido esperar. Gracias, Edgar. —Entonces volvió a clavar sus ojos en mí, esta vez con tal intensidad que se me aflojaron las piernas. Tuve la necesidad de sentarme y, por suerte, tenía la butaca justo detrás—. Quiero darte una cosa para Marina. Pero, por favor, es solo para ella, no debes enseñársela a nadie más. Es un secreto incluso para ti. Se dio la vuelta y avanzó hacia un armario metálico beige empotrado. Lo abrió e introdujo medio cuerpo en él. Pude oír el repiqueteo de unas teclas que supuse pertenecían a una caja fuerte, de la que sacó un sobre cerrado que colocó a continuación sobre la cama.

—Gracias por todo, de verdad. Aunque no lo creas, me siento muy afortunada de que Marina sea hija tuya. Lo harás bien y, algún día, ella te explicará todo lo que yo no he sido capaz. Ojalá el verano hubiera durado para siempre.

Me dirigió una última mirada. Sin embargo, sus ojos, su nariz y su boca dejaron de pertenecerle una vez más. Había dejado de ser ella misma otra vez para convertirse en un ser frío y vacío. Salió de la habitación sin esperar respuesta alguna. Aún llevaba a Marina en sus brazos, que comenzaba a revolverse y a emitir unos gemidos de queja y desconcierto.

Me entraron unas ganas insoportables de besarla, pero no lo hice. Y me arrepentí enseguida, pues mientras la vi alejarse, un sentimiento de angustia me inundó el pecho. Algo me decía que nunca más podría hacerlo.

...

Hay periodos en la vida que podemos considerar emocionalmente planos. Ni se siente felicidad plena ni se sufre, simplemente se ve cómo pasan los días y nada cambia notablemente. Entonces, de repente, un día la vida se alborota sin más, para bien o para mal, y se experimentan tantas emociones juntas que parece imposible salir cuerdo o incluso vivo de ello. Eso era lo que me había ocurrido durante el último año, y es que contaba los días como si de meses se tratara y sentía que tenía diez años más, que era otra persona. Mi vida había cambiado para siempre desde hacía relativamente poco, pero ni siquiera recordaba quien había sido yo nueve meses antes.

Me desperté pronto e intranquilo la mañana siguiente. Había pasado la noche dándole vueltas a la almohada, sin encontrar una posición lo suficientemente cómoda como para vencer al runrún de mi cabeza. Me encontraba en un piso de alquiler por noche no muy lejos del centro de Santander a pie. El más barato que había podido encontrar por internet, teniendo en cuenta que lo había reservado con pocas horas de antelación. Se trataba de un edificio

antiguo recubierto de baldosas color ocre, bastante cutre para mi gusto, pero no estaba la cosa para pijerías. El interior conservaba el aspecto y el olor a tabaco tan característico de la época de los sesenta o setenta. El piso, sin embargo —un cuarto sin ascensor—, estaba completamente renovado y decorado con buen gusto. El pasillo en forma de L conectaba todas las estancias de la casa. Sala de estar y cocina contiguos a la derecha, al fondo las habitaciones, dos; y, en frente de cada una de ellas, los baños, también dos. Mi cuarto era la primera pieza de la casa y parecía estar apañado de mala manera. A juzgar por el sofá cama en el que dormí, y el armario repleto de productos de limpieza, maletas y zapatos viejos, diría que esa habitación era más bien un trastero hasta hacía poco más de doce horas. Mis anfitrionas, dos chicas algo mayores que yo, poca pinta tenían de ser las dueñas del piso. Más bien unas inquilinas con mucha picardía; y lo bien que me había venido a mí esa picardía, a dos mil y pico pesetas de las de antes por noche.

Tras media hora dando vueltas en aquel colchón de muelles, sin decidirme a comenzar el día, por fin puse los pies en el parque. Me froté los ojos y comencé a elaborar un itinerario del día. Automáticamente, Marina volvió a ocupar mis pensamientos. Elsa había dicho que se parecía a mí, aunque yo no lograba percibir parecido alguno. Me entró mucha curiosidad por saber cómo sería cuando tuviera mi edad. Qué sensación tan rara esa de ser padre.

«¡Mis padres!».

No les había contado nada. La verdad es que llevaban bastante tiempo preocupados por mí. A lo largo del verano anterior me habían visto sonreír cada día, continuamente, durante los escasos ratitos que compartí con ellos ese agosto. Mi padre me había llegado a preguntar una mañana en el desayuno por qué estaba tan contento, pero, en ese momento, me dio tanta vergüenza hablar del tema que lo mandé a la mierda. Ese mismo día, un rato más tarde, yo salía disparado de casa y mi madre, que tomaba el sol recostada en una hamaca en el jardín, me reclamó un beso de despedida estratégico, pues en cuanto estuve lo suficientemente cerca de ella,

me agarró el brazo y me preguntó si había conocido a alguien. Yo asentí sin articular palabra y me alejé, intentando evitar mirar la expresión pícaro con la que intuí que me observaba mientras me alejaba a toda prisa.

No me hicieron más preguntas al respecto. Sin embargo, meses después, esa alegría se había convertido en una pena insoportable que me retenía en mi cuarto cada minuto que pasaba en mi casa, y tenía a mis padres muy preocupados. Al principio intentaron ayudarme, pero yo no estaba preparado para expresar lo ocurrido en voz alta. Finalmente dejaron de insistir en averiguar qué me ocurría, aunque siguieron pendientes de mí en silencio. Cuando les expliqué que tenía que ir a Cantabria, mi madre me dio un ultimátum: me dijo que sería con la condición de que les contara de una vez lo que estaba ocurriendo a la vuelta, y me pareció sensato. De todas formas, yo ya no podía aguantar más, necesitaba compartir lo que me estaba ocurriendo y, desde la llamada de Deva, había tomado la decisión de hablar con ellos. Tenía que hacerlo cuanto antes. Me levanté, me vestí y salí a la calle en busca de un lugar tranquilo en el que poder desayunar mientras planeaba cómo podía comunicar a mis padres la noticia sin que les diera algo.

Después de un rato caminando bajo una llovizna suave pero incómoda, encontré una cafetería pequeña con un televisor encendido y pocas mesas vacías. Me acomodé en una de ellas. La camarera me tomó nota y enseguida me trajo el mejor pincho de tortilla que había probado hasta entonces. Me lo comí a toda velocidad y pedí otro que engullí con la misma ansia. Cuando ya, por fin, había calmado el hambre, abrí la mochila en busca de esos malditos euros a los que no me había acostumbrado ni yo ni nadie y que tanto habían encarecido la vida.

De repente, algo que había olvidado me llamó la atención al tacto. ¡La carta de Elsa! La saqué y me dispuse a abrirla sin reflexionar. No obstante, me detuve tras romper el sobre de papel. Elsa me había pedido que la guardara para Marina, no tenía derecho a leer su contenido. Devolví la carta a la mochila para evitar mayor

tentación, si cabía, y me recosté en la silla. Elsa...Cómo echaba de menos su compañía, su manera de tocarse el pelo continuamente sin ser consciente de ello, cómo le daba vueltas con el dedo índice sin parar hasta que se hacía nudos pequeños que, después, soltaba para hacer lo propio con el siguiente mechón. Si no la sacaba de sus pensamientos, podía hacerse decenas de ellos y luego no había manera de acariciarle la melena sin que se quejara de los tirones. Nunca había dejado de extrañarla, pero, hasta el día anterior, cuando la tuve delante, no había sido consciente de hasta qué punto la necesitaba en mi vida. Quería volver a besarla y abrazarla, quería volver a pasar las noches con ella. ¿Cómo había sido tan tonto de abandonarla así? Me levanté de la mesa bruscamente. Estaba decidido a recuperarla. Me sentí tan emocionado y envalentonado de repente, que olvidé llamar a mis padres. Me colgué la mochila al hombro y salí de allí corriendo, olvidando también pagar la cuenta. Tardé muchos años en volver a esa cafetería. La Tertulia se llamaba.

Al bajar del autobús, que me dejó a escasos metros del hospital, me percaté de lo nervioso que estaba. Hice algunas respiraciones para intentar calmarme y eché a andar hacia la entrada. Cuando estaba casi en la puerta levanté la mirada —que había guardado fija en mis zapatillas todo el camino— y me percaté de la cantidad de gente y el revuelo que había. El acceso estaba abarrotado: algunos trabajadores, otros visitantes o pacientes o simplemente personas que pasaban por ahí y se habían parado curiosos, atraídos por las caras de preocupación, por los susurros y las miradas de incompreensión, todas ellas dirigidas en la misma dirección. Una aglomeración de gente se situaba a la derecha de la entrada del hospital y formaba un corro en cuyo centro parecía haber una mujer que gritaba desesperadamente. Gritos que captaban aún más la atención de los espectadores y callaban los murmullos especuladores durante unos segundos. Sin darme cuenta había cambiado el rumbo hacia la muchedumbre, hechizado yo también por el morbo y la curiosidad que generan en el ser humano las desgracias ajenas. Sin

embargo, me frenó en seco una nueva oleada de gritos ahogados.

«¿Qué ocurre?» pensé mientras una señora a mis espaldas ponía voz a mis pensamientos. Ignorando su pregunta, para la que yo tampoco tenía respuesta, reemprendí la marcha hacia la escena. Unos segundos después, dos médicos me cortaron el paso y se dirigieron hacia el mogollón.

—¿Por qué? Dios mío, ¿por qué? —aullaba la mujer una y otra vez. La voz me resultaba familiar, pero no era capaz de ver a la persona que gritaba, había muchos curiosos a su alrededor. Entonces, los médicos alcanzaron el mogollón y se abrieron paso entre la gente para llegar hasta ella. De pronto, sus gritos se convirtieron en sollozos cada vez más agudos y débiles hasta que todo quedó en silencio. Un gran grupo de gente se apartó para dejar paso esta vez a tres enfermeros que se acercaban con una camilla y entonces la vi. ¡Era Deval! ¡La mujer que gritaba era la madre de Elsa! Sentí un escalofrío que me erizó toda la piel del cuerpo y me di la vuelta para salir corriendo hacia el interior del hospital.

—Por favor, por favor, ¡por favor! —supliqué mientras avanzaba.

Una vez dentro, me dirigí hacia las escaleras. Tropecé con un escalón y caí al suelo. Agarré mi tobillo con ambas manos en acto reflejo al ardor que sentí y que trazó, en mi expresión ya arrugada por la preocupación, una mueca muda de dolor. Me puse en pie torpemente y seguí corriendo como pude hasta la habitación 206. Cuando llegué a la puerta, esta estaba cerrada con llave. Me abalancé sobre ella y me asomé por la ventanilla en forma de ojo de pez y lo que vi allí dentro me hizo tambalearme hasta tal punto, que tuve que buscar la pared con las manos y usarla de soporte para no caerme al suelo. Dentro de la habitación había sangre, mucha. En el suelo, en la cama, en la mesilla de noche. Sangre oscura, espesa. Mucha. De pronto alguien me tocó el hombro. Me di la vuelta.

—¿Eres Edgar? —Se trataba de un hombre de unos cincuenta y pico años que no había visto en mi vida, pero que resultó ser Salvador, el padre de Elsa. También se parecía a ella, aunque, en ese momento, no fui capaz de distinguir sus rasgos faciales.

Era incapaz de ver o escuchar con claridad. Solo sentía el temblor de todo mi cuerpo y el latido descontrolado y agresivo de mi corazón.

—¿Dónde está Elsa? —Apenas me salió un hilo de voz. El hombre bajó la mirada y meneó la cabeza mientras dos lágrimas recorrían sus mejillas, lágrimas que precedieron a un llanto desesperado.

Entonces dejé de escucharlo. Mi corazón. Realmente creo que se paró durante unos segundos. Mis piernas dejaron de funcionar. Cerré los ojos y caí de rodillas al suelo. Desplomado. Destrozado. Me agarré el pecho con fuerza en un intento por estimular los latidos que no sentía. Cuando abrí los ojos todo estaba negro, así que los volví a cerrar y me dejé llevar por la oscuridad que me envolvía.

